

Editorial

El bloque hegemónico

Esta edición monográfica de *ECA* contiene un nuevo estudio sobre el capitalismo salvadoreño. Se trata del trabajo de graduación de Carlos Paniagua —quien falleció en 2001—, titulado “El bloque empresarial hegemónico salvadoreño”. La tesis analiza quiénes integran ese bloque y cómo está conformado. Es un intento por dar contenido a un poder que se sabe está ahí, porque hace sentir su influencia, pero del cual se conoce poco. El trabajo de Paniagua es una contribución importante que, al estudiar la conformación, las relaciones internas y externas y el impacto de ese poder en la vida nacional, ilumina esta realidad difusa, pero no por eso menos determinante de la vida nacional.

De esta manera, *ECA* da continuidad a una tradición que se remonta a 1977, cuando UCA Editores, en uno de sus primeros libros, publicó los *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*, de Eduardo Colindres. Luego vinieron la “Visión global sobre la concentración económica en El Salvador”, de Manuel Sevilla (*Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 1984), “La concentración en la industria manufacturera salvadoreña”, de Aquiles Montoya (*ECA*, 1998) y “Los ricos más ricos de El Salvador”, de M. Dolores Albiac (*ECA*, 1999).

La información en la que Paniagua fundamenta su estudio es pública e impresa, proviene de los periódicos de los años 1999 y 2000, de las memorias de labores de las empresas y de los registros de comercio. Por lo tanto, se encuentra al alcance de cualquiera. Su aporte consiste en haberla recolectado y sistematizado. Ubicar la información sobre los grupos económicos y sus relaciones familiares y empresariales no ha sido una tarea fácil. El gran mérito del autor consiste en haber articulado una gran cantidad de datos desperdigados para dibujar un cuadro bastante definido de estos grupos. No obstante su novedad y su valor intrínseco, este trabajo no está terminado aún. Carece de un marco teórico que proporcione el contexto para comprender mejor la información sistematizada, así como también falta desarrollar unas

conclusiones que apenas están apuntadas al final. Algunos datos han perdido actualidad al momento de esta publicación, debido a la reorganización que suelen experimentar los grupos empresariales con alguna periodicidad. Sin embargo, ninguna de estas carencias hace que el trabajo pierda validez. Al contrario, presenta un desafío para que los especialistas en ciencias sociales profundicen sus estudios y amplíen e interpreten el cuadro que aquí nos presenta Paniagua y saquen conclusiones políticas y sociales. El trabajo, pues, conserva su actualidad y debiera ser objeto de reflexión.

1. El análisis bloque hegemónico

El trabajo de graduación de Carlos Paniagua analiza un bloque empresarial conformado por veintitrés grupos familiares, el cual controla el sistema financiero. Pero no se limita a él, sino que extiende sus ramificaciones a otros sectores de la economía nacional. La articulación de los grupos familiares entre sí y con la actividad económica se lleva a cabo por medio de relaciones familiares y alianzas empresariales. El punto de arranque fueron empresas que giraban alrededor de un determinado núcleo familiar, fundadas hace una o dos generaciones. En consecuencia, la familia en cuestión controla la junta directiva y es frecuente encontrar a algunos de sus miembros en las gerencias más importantes de la empresa. La familia, sin embargo, no actúa sola, sino que cuenta con personas de confianza, a quienes le asigna los puestos que no han sido ocupados por sus propios miembros, en la directiva y la administración. Por lo general, este personal de confianza se encuentra vinculado a la familia históricamente. De esta relación histórica se deriva la confianza, la cual se prolonga en el tiempo al pasar de una generación a otra. A veces, este personal de confianza es socio menor de la empresa familiar a la cual se encuentra vinculado.

El análisis no se mantiene en la generalidad, sino que identifica quiénes son los miembros de estas veintitrés familias, qué cargos ocupan en las diferentes empresas, qué relaciones han establecido entre ellos y ellas, así como también a su personal de confianza y a sus socios menores. Aunque se trata de familias amplias, el interés se centra en aquellos miembros que controlan las empresas. La descripción no se limita al núcleo familiar, sino que también comprende a la red empresarial, construida a lo largo de casi un siglo. Esta red es resultado de la evolución del grupo original. Ahora bien, en estos grupos familiares se detecta una división de carácter étnico, la cual se impone al denominador común del capital y las inversiones en gran escala y de la cual se habla muy pocas veces. En el grupo de familias que conforman el bloque hegemónico hay una clara diferencia entre las que tienen origen árabe y aquellas otras de origen variado. Esta diferencia, por lo que respecta a este estudio, se manifiesta en que entre estos dos grupos solo se admiten, por lo general, las alianzas empresariales, pero no las matrimoniales. No obstante, la consistencia del bloque es sólida, tal como se ha podido comprobar en varias ocasiones, en las cuales ha sido puesta a prueba por amenazas o crisis.

El estudio describe, sin agotarla, la extensión de estas redes familiares y empresariales. El poder económico y social que este grupo ha acumulado a lo largo de las últimas décadas y su ejercicio efectivo permiten hablar de un bloque empresarial hegemónico. Estos núcleos familiares y empresariales controlan en la actualidad los sistemas financiero y bancario y una gran variedad de empresas relacionadas con éste, la exportación de café, la distribución de fertilizantes, la producción de cemento, cerveza, bebidas gaseosas, agua purificada, zapatos, siderurgia, productos metálicos, harina, autos nuevos, ferretería, transporte aéreo, almacenamiento, centros comerciales y hoteles. Su naturaleza hegemónica viene dada por los núcleos empresariales vinculados por una serie de relaciones familiares. Estos núcleos controlan las empresas más importantes del país y, por consiguiente, su interés es predominantemente económico; pero su fundamento es la relación familiar extensa.

La identificación de estas redes familiares y empresariales es uno de los aportes principales de esta investigación. Paniagua recurrió a la genealogía para identificar a las familias y a sus miembros. Reconstruyó los vínculos con la información aparecida en la prensa —noticias, esquelas, etc.—, visitando los cementerios, entrevistando fuentes calificadas, sistematizando los nombres de los miembros de las juntas directivas de las empresas del sistema financiero y de otros sectores, así como también información sobre las exportaciones de las empresas. Por lo tanto, es una investigación que parte de un marco conceptual muy sencillo, pero no por eso menos importante.

El énfasis en la red familiar en la cual se apoya buena parte de las aventuras empresariales es un aporte importante para la comprensión de la sociedad salvadoreña. Hasta ahora las relaciones familiares y su peso específico en la vida nacional no habían sido tomados en cuenta. Varios estudios habían



demostrado la importancia de las relaciones familiares en la estructura del poder en Costa Rica y Nicaragua, pero no en El Salvador. Es claro, entonces, que la familia es una variable determinante en la actividad económica y en el ejercicio de poder social y político, al menos en el último siglo. Las alianzas matrimoniales dentro de cada subgrupo del bloque son fundamentales para conservar el patrimonio familiar íntegro y dentro de un círculo reducido. Al mismo tiempo, son un medio eficaz para que los miembros de dos núcleos familiares fusionen capitales o emprendan empresas conjuntas. Obviamente, estas decisiones de carácter económico tienen lugar una vez realizada la unión matrimonial y se apoyan en ella. Es más, la tesis que sostiene Paniagua es que las alianzas empresariales están determinadas, en el largo plazo, por las alianzas matrimoniales o familiares. A largo plazo, estas relaciones matrimoniales y empresariales entre los diversos núcleos familiares llevan a la conformación del bloque empresarial hegemónico y a la creación de lo que los especialistas llaman "empresas de la órbita del bloque". Una vez establecida la influencia de la relación familiar en la actividad económica del gran capital salvadoreño, habría que ir más allá y considerar la eventualidad, muy real, por cierto, de ruptura de una alianza matrimonial y sus consecuencias en el ámbito empresarial. Lo más probable es que, en este caso, se sigan patrones de conducta establecidos y aceptados por el grupo.

El trabajo de graduación de Carlos Paniagua analiza un bloque empresarial conformado por veintitrés grupos familiares, el cual controla el sistema financiero. Pero no se limita a él, sino que extiende sus ramificaciones a otros sectores de la economía nacional.

2. Algunas puntualizaciones

Conviene tener presente que el texto que se reproduce en esta edición monográfica de *ECA* proviene de una tesis para obtener el grado de licenciatura en economía, en la UCA. Por lo tanto, se limita a demostrar la validez de la hipótesis presentada; otra limitación no menos importante, derivada de las condiciones en las cuales el autor ha debido trabajar, es el tiempo establecido por la UCA para completar un trabajo de esta naturaleza. Carlos Paniagua se había entusiasmado con el tema y pensaba continuar su investigación, yendo más allá del requisito de un trabajo de graduación, pero la muerte temprana se lo impidió. Este contexto es necesario para situar correctamente el alcance de su estudio y para establecer de antemano que las puntualizaciones que siguen no son vacíos que pudieran ser atribuidos a negligencia en la investigación; tampoco menoscaban el aporte del autor a la comprensión de la realidad salvadoreña, sino que más bien constituyen retos para futuros

investigadores, interesados en estudiar la concentración económica, en El Salvador. Ya se cuenta con bastantes estudios buenos sobre la cantidad de pobres e indigentes salvadoreños, pero falta, en cambio, investigar por qué hay ricos en el país y cómo éstos acumulan su riqueza. Desde esta perspectiva, el estudio de Carlos Paniagua representa un avance importante para la tradición social salvadoreña, que está lejos de haberse agotado aún.

El éxito de una empresa está casi garantizado si pertenece al bloque, porque recibe apoyo de muchas formas de dicho bloque y también del gobierno. Con este respaldo, las empresas del bloque acaban imponiéndose a su competencia, en los diferentes mercados, muchas veces a través de medios ilícitos o incluso ilegales.

Los miembros de los grupos familiares mencionados en este trabajo y los entendidos notarán con facilidad la existencia de algunos vacíos, en la construcción de los árboles genealógicos. Con más tiempo y recursos, el autor podría haber elaborado unos árboles genealógicos más completos; ahora, esta tarea le corresponde a otros investigadores de la realidad nacional. De hecho, la construcción de árboles genealógicos se torna difícil cuando se llega a callejones sin salida; por lo general, toma mucho tiempo recabar la información necesaria para desentrañar unas relaciones familiares a menudo complicadas de por sí. Muchos de estos vacíos podrían llenarse con la información existente en los diversos registros civiles y con entrevistas a los miembros o allegados de las familias mencionadas. Esto último no es nada fácil, pues, por razones comprensibles, las fuentes prefieren mantener la privacidad.

Dado que el carácter de la información necesaria para levantar el mapa de estas redes familiares y empresariales es, en muchas ocasiones, privada y las fuentes del trabajo de Paniagua son públicas, el cuadro que presenta debe entenderse como un bosquejo, el cual debe ser delineado con mayor rigor. Así, por ejemplo, buena parte de la información de los vínculos del sector financiero con otros sectores de la economía está montada sobre las exportaciones de algunas empresas, en 1994, debido a que el autor tuvo acceso a esta clase de información. Queda por investigar la participación de estas empresas en la producción nacional, en el sector respectivo, y en las importaciones de productos correspondientes a dicho sector, para así tener una idea más sólida sobre su grado de concentración económica y el papel que desempeñan en ella las empresas aliadas.

La información disponible sobre las exportaciones, por otro lado, puede ser aprovechada con más rigurosidad. La simple suma del porcentaje que las empresas industriales, propiedad de los núcleos familiares empresariales, que

giran alrededor de un banco, controlan, da una idea del grado de concentración de la actividad industrial exportadora. Así, las empresas propiedad de los núcleos familiares empresariales vinculadas al *Banco Agrícola* controlan, al menos, el 9 por ciento del total de las exportaciones industriales de 1994. Pero este es solo el mínimo, ya que, la información sobre estas empresas no pudo ser completada. Lo mismo sucede con las exportaciones de café. Aunque es normal que la actividad exportadora de un país tan pequeño como El Salvador experimente un grado alto de concentración, es importante destacar que, precisamente, las empresas exportadoras, por sus vínculos con los mercados internacionales y la competencia que deben enfrentar, poseen el nivel tecnológico más alto y, por lo tanto, su capacidad productiva y competitiva es mayor. Por eso mismo, estas empresas poseen también una capacidad mayor para dominar los mercados internos respectivos. Sería, pues, interesante determinar el grado de concentración de la producción de estas empresas, en el mercado interno, así como también el grado de competencia extranjera que deben enfrentar, en este mercado. De esta manera podría establecerse el nivel de eficiencia del mercado de la economía salvadoreña.

El estudio de Paniagua parte de la existencia de una enorme concentración en el sistema financiero salvadoreño e intenta demostrar que esa concentración se extiende a otros sectores de la economía nacional, a través de redes familiares y empresariales. En consecuencia, la investigación se concentra en siete bancos existentes en el año 2000 —el *Banco Agrícola*, el *Banco Cuscatlán*, el *Banco Salvadoreño*, el *Banco de Comercio*, el *Banco Desarrollo*, *Ahorromet Scotiabank* y *BANCASA*. Hay que observar, sin embargo, que desde entonces hasta la fecha han ocurrido algunos cambios importantes. El *Banco Desarrollo* se fusionó con el *Banco Agrícola*, y *BANCASA* fue absorbida por el *Banco Salvadoreño*. A finales de marzo de 2002, los cinco bancos que quedaron de ese conjunto controlaban el 83.9 por ciento de los depósitos totales y el 88 por ciento de los préstamos bancarios netos de reservas por incobrabilidad.

En resumen, pese a sus limitaciones, la investigación de Carlos Paniagua no puede ser desechada por la falta de información que pueda encontrarse en ella, sino que, al contrario, proporciona un cuadro válido, todavía provisional, de la estructura económica del país, sobre todo de su sector financiero.

3. La acumulación de poder del bloque hegemónico

La descripción de la naturaleza del bloque hegemónico no es suficiente para una comprensión cabal de la realidad nacional, sino que ir más allá y reflexionar sobre sus implicaciones para la sociedad salvadoreña. Este bloque posee un poder enorme, el cual se manifiesta de diversas maneras. El éxito de una empresa está casi garantizado si pertenece al bloque, porque recibe apoyo de muchas formas de dicho bloque y también del gobierno. Con este

respaldo, las empresas del bloque acaban imponiéndose a su competencia, en los diferentes mercados, muchas veces a través de medios ilícitos o incluso ilegales. Es frecuente que los ministros de economía asignen cuotas compensatorias e impongan normas fitosanitarias, tal como ha ocurrido con las llamadas salvaguardias, para favorecer a determinadas empresas del bloque. Cuando el poder derivado del bloque no es suficiente para acaparar un mercado, los empresarios suelen recurrir a la competencia desleal. En estas circunstancias, la competencia con estas empresas en un determinado mercado no es libre. Si una de ellas se ve amenazada por la competencia de otra, la cual no pertenece al bloque, éste reacciona de inmediato y cierra filas para defender a la que considera suya. A mediano plazo, la empresa perteneciente al bloque se queda con el mercado. En consecuencia, estas empresas son, en la práctica, invulnerables.

Esta tendencia de la empresa salvadoreña a organizarse en monopolios y oligopolios responde a una necesidad objetiva. Para satisfacer las elevadas expectativas de rentabilidad de sus propietarios, estas empresas deben alcanzar un nivel de producción y operación que acapare una buena parte del mercado. Pero el mercado no es lo suficientemente grande como para soportar la competencia de varias empresas. No puede haber libre competencia mientras existan barreras para competir en un determinado mercado y mientras la intervención discrecional del Estado favorezca a unas en detrimento de otras. Así, por ejemplo, existen barreras para ingresar a los mercados del sector financiero y del transporte aéreo. La paradoja del capitalismo salvadoreño es cómo crear condiciones para que unos mercados limitados puedan ser libres sin defraudar las expectativas de retorno de la inversión de los grandes propietarios. Mientras esta paradoja no sea resuelta, uno de los principios básicos del capitalismo —la producción de riqueza y su acumulación— niega uno de sus elementos claves: la libertad de mercado. Esta contradicción es evidente cuando se observa la práctica de los capitalistas, quienes dejan a un lado la libertad de mercado con tal de obtener la ganancia máxima, así como también están dispuestos a prescindir del principio de no intervención estatal, cuando se ven en apuros por la misma dinámica del mercado. Este es el caso de los cafetaleros, a quienes el mercado les ha dictado una sentencia inapelable. Las contradicciones del capitalismo no solo pueden ser consideradas desde la teoría y la práctica de los capitalistas, sino también desde la dimensión antropológica. Su interés casi único es hacer dinero y acumularlo, prescindiendo de cualquier otra consideración. Así, exige la intervención estatal cuando necesita de su ayuda, pero se opone a ella cuando está amenazado el interés o el bienestar social.

Los propietarios de las empresas que conforman el bloque hegemónico también derivan poder del Estado. De esta manera, además, de poder económico, los jefes del bloque poseen un poder político con fuerza para vetar o hacer inviable cualquier política o programa gubernamental. Desde siempre, en El Salvador, el sector privado ha poseído, de hecho, poder de veto. Las

políticas de sus gobiernos, exceptuando las dos juntas revolucionarias y el gobierno de Duarte de la década de los ochenta, han estado orientadas explícitamente a favorecer al gran capital. Pero ni siquiera esta década de los ochenta puede considerarse como una pérdida, puesto que los grandes capitales supieron aprovechar la oportunidad. Tal como demuestran los estudios más recientes de manera incuestionable, éstos demostraron poseer un buen conocimiento de las realidades económicas, así como también un gran sentido práctico para adaptarse a las circunstancias.

Antes de 1980, los grupos dominantes no permitieron ningún cambio en la tenencia de la tierra, ni en la estructura tributaria, medidas que percibieron como contrarias a sus intereses de corto plazo. En la década de 1980, el ingreso masivo de recursos externos (las remesas familiares) y un nuevo patrón de crecimiento, basado en el comercio, los servicios y la maquila, pusieron en crisis al modelo agro exportador. Ni siquiera en este sentido se puede hablar de una década perdida, porque algunos de los grupos económicos principales, por cierto, los que más se habían beneficiado del modelo agro exportador, estaban muy interesados en reemplazarlo por otro, al finalizar dicha década. Su apreciación de las nuevas realidades económicas los llevó a concluir que era indispensable sustituirlo para aprovechar la nueva situación, creada por variables no previstas. La búsqueda del nuevo modelo no fue fácil. Tomó algún tiempo y suscitó disputas en el interior de la clase dominante. Al final, el modelo agro exportador tradicional se quedó sin apoyo político.

★ A partir de entonces, ARENA, durante tres periodos presidenciales sucesivos, ha gobernado al servicio casi exclusivo de los grandes capitales. Es decir que la fortaleza y la solidez actuales del bloque hegemónico no podrían explicarse sin este decidido respaldo. El triunfo de ARENA, en 1989, significa el retorno de los empresarios a la administración del Estado, después de más de medio siglo de alejamiento. En ese entonces, el grupo empresarial que dirige la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) asumió la dirección del Estado con el propósito de introducir reformas orientadas a superar la crisis económica que, según ellos, era consecuencia de la guerra, de la intervención estatal y de una dirección equivocada de la economía, por parte del Partido Demócrata Cristiano. El plan consistía en promover la iniciativa privada, liberalizar y privatizar. El grupo que estaba detrás del plan recibió un apoyo incondicional del resto del sector privado, excepto de aquellos que permanecieron atrapados en la agro exportación. Este plan se propuso abrir el mayor espacio posible a la acumulación de la empresa privada, por medio de la reducción del tamaño del Estado y la privatización.

Los grupos vinculados al sector financiero, recién privatizado y que controlaban el sistema bancario, influyeron en el primer gobierno de ARENA y consiguieron la modificación de la política económica original, la cual des-

cansaba sobre las exportaciones no tradicionales. Su control sobre el sistema financiero les permitió canalizar la creciente afluencia del dinero fresco de las remesas familiares con el cual obtuvieron ganancias cuantiosas y se expandieron a otros sectores de la economía e incluso a otros países centroamericanos. Siguiendo sus deseos, el gobierno adoptó una estrategia para promover la inversión extranjera y la integración de la economía salvadoreña a la estadounidense. Para ello, era fundamental eliminar el riesgo cambiario —fijando el tipo de cambio— y reducir la inflación a los índices internacionales. La nueva concepción parte de que la ventaja competitiva principal de El Salvador ya no es la abundancia de su mano de obra barata, sino su proximidad geográfica a Estados Unidos. En este contexto, las remesas pasaron a ser consideradas como exportaciones —una especie de maquiladora, pero en Estados Unidos, según Alexander Segovia.

El segundo gobierno de ARENA no pudo conservar el consenso del sector privado con su política económica, pero eso no significó que los jefes de las empresas del sector financiero perdieran influencia. El personal de FUSADES fue reemplazado en el gobierno por quienes, desde 1993, habían presionado para orientar la actividad económica en beneficio del sector financiero. Una vez en los puestos de mando, este grupo utilizó el poder estatal para determinar el rumbo de la economía y la política económica para convertir a El Salvador en una gran zona franca de servicios financieros, de mercado y de maquila. Aunque la propuesta incluía la dolarización, ésta fue pronto abandonada y sustituida por la libre convertibilidad de la moneda; asimismo, eliminó los aranceles, aumentó el impuesto al valor agregado y amplió el programa de privatización. La dolarización tuvo que esperar al tercer gobierno de ARENA, el cual decidió, de manera autoritaria, acomodar, de una vez por todas, la economía salvadoreña a las dinámicas generadas por el flujo externo de dólares. La meta, aunque cuestionable, sigue siendo convertir a El Salvador en una plaza financiera regional.

No puede haber libre competencia mientras existan barreras para competir en un determinado mercado y mientras la intervención discrecional del Estado favorezca a unas en detrimento de otras.

Los principales ganadores son los propietarios de los bancos y de los grupos económicos vinculados a ellos, quienes utilizaron el Estado para recuperar la banca, nacionalizada por los gobiernos demócrata cristianos de los años ochenta. Ellos son los principales favorecidos por la política macroeconómica, en particular por el cambio fijo y la apertura externa, lo cual les permitió dirigir buena parte del ahorro financiero hacia el consumo, obte-

niendo así ganancias elevadas. Además, el control del sistema financiero les permitió utilizar el excedente económico interno y externo para expandir sus inversiones, en aquellos sectores y en aquellas actividades más rentables, el comercio y los servicios. El mecanismo principal que utilizaron fue el de los créditos relacionados. Las empresas trasnacionales también se encuentran en el bando de los ganadores, pues la privatización de los activos estatales les facilitó la entrada en el mercado salvadoreño, por lo general, en alianza con los grupos económicos principales, así como también les facilitó controlar actividades importantes, como las telecomunicaciones y la producción y distribución de energía y, claro está, obtener buenas ganancias.

Al igual que en los viejos tiempos, cuando la agroexportación fue la actividad económica principal, la participación del Estado en este reacomodo de la economía nacional ha sido decisiva. Su papel ha consistido y consiste todavía en generar y garantizar las condiciones básicas para que el gran capital se expanda y se multiplique. En la década de los noventa, los grupos económicos más poderosos, los vinculados al sector financiero y a los servicios, volvieron a utilizar el Estado para crear las condiciones para su expansión y consolidación. Los mecanismos utilizados fueron la privatización de la banca, que les permitió el control del excedente interno y externo; las políticas macroeconómicas, que crearon estabilidad financiera, requisito indispensable para la expansión; y el repliegue del Estado de las actividades productivas y el abandono de la mayoría de los servicios públicos. De esta manera, abrió nuevas fuentes de acumulación para el capital privado.

La adquisición de la banca por unos cuantos grupos familiares ilustra bien el poder del grupo hegemónico, así como el poder derivado del control que ejercen sobre el Estado. Esta adquisición fue posible gracias a la colaboración del primer gobierno de ARENA, donde sus intereses se encontraban bien representados. No obstante las restricciones legales sobre el porcentaje de acciones que un determinado propietario podía adquirir, éstas acabaron, de todas maneras, en pocas manos. Para ello utilizaron el nombre de terceras personas, violando las disposiciones legales de manera impune. Los grupos allegados a los ejecutores de la reforma tuvieron acceso a información privilegiada para adquirir las acciones. Por eso, cuando esta posibilidad se abrió para el público, la mayoría de las acciones ya habían sido adquiridas. Además, las adquirieron con préstamos a tasas de interés por debajo del mercado. De hecho, algunos bancos y financieras recuperaron su inversión en capital social, en menos de tres años. Es falso, pues, que el sector privado salvadoreño se haya desarrollado por méritos y esfuerzos propios. En cambio, el Estado no ha salido inerte de la década de los noventa. El repliegue de las áreas críticas de la vida pública lo ha debilitado de tal forma que, en la actualidad, no solo no tiene fuerza para enfrentar las emergencias y los problemas estructurales del país, sino que ni siquiera puede colaborar con el mismo sector privado, en su afán por elevar la tasa de crecimiento de la economía nacional.

En estas circunstancias, para ejercer eficazmente el poder del Estado es necesario contar con el aval de los jefes del bloque hegemónico. El poder *de facto* no ofrece posibilidades reales a unos aspirantes a gobernar que pudieran ser percibidos como una amenaza para los intereses de este grupo.



La experiencia ha demostrado que los conflictos que ocurren en el interior del bloque hegemónico pasan a un segundo plano, cuando éste percibe que su poder se encuentra amenazado desde fuera. Cuando esto sucede, hace a un lado sus propias divisiones, pues se imponen su conciencia y su identidad de clase, las cuales le proporcionan la unidad y la solidez necesarias para enfrentar con éxito esa amenaza. Aun cuando el poder real de este bloque es muy grande y a primera vista pareciera no haber alternativa, sí las hay, tanto para la oposición de derecha como de izquierda.

El discurso de la democracia liberal sostiene que la existencia de una expresión dual del capital es normal y hasta saludable para el conjunto del sistema. Dos expresiones políticas en el campo del capital estimularían la competencia entre ellas, lo cual evitaría la concentración de poder y la arbitrariedad y el autoritarismo que suelen acompañarlo; además, la competencia sería un acicate para el buen gobierno. Los intereses del bloque hegemónico estarían mejor servidos si hubiera una alternativa política, en su propio campo. La alternativa política que se echa de menos es de derecha o muy próxima a la derecha, es decir, que defienda los intereses del capital y de la empresa privada, pero diferente a la que ofrece ARENA. Es la misma tesis de la competencia, pero aplicada a la política. A la derecha salvadoreña actual le resulta difícil comprender y mucho más poner en práctica el principio teórico de la competencia. No obstante su retórica, en los mercados salvadoreños no hay competencia. Es más, queda la duda de cómo podría competir el capital salvadoreño en el mercado internacional si no ha sabido como hacerlo en el mercado nacional y regional. La tendencia al monopolio y al oligopolio en el mercado tiene su correspondencia en la tendencia al autoritarismo y la dictadura —y, en consecuencia, al mal gobierno—, en la actividad política. La concentración de la riqueza tiene su correspondencia en la concentración del poder político y social.

Desde esta perspectiva se impone, pues, partir el bloque hegemónico, aprovechando sus fisuras; pero no para destruirlo, sino para crear espacio a la

competencia política. Una fisura de esta clase permitiría el surgimiento de otro bloque económico, el cual buscaría su propia expresión política. Pero la derecha actual no ve la necesidad de la competencia política, como tampoco ve la necesidad de una competencia real en el mercado. En realidad, cree que no es conveniente para sus intereses más apreciados. Como no es, pues, probable que esta derecha promueva el reajuste de los intereses capitalistas, corresponde a la oposición de izquierda trabajar con inteligencia para impulsar la partición del bloque. La oposición de izquierda debiera ser más realista y no debiera menospreciar el poder del capital, tal como lo ha hecho hasta ahora. Aun cuando pudiera contar con una amplia base electoral de carácter popular, su triunfo sería muy difícil, si no penetra de alguna manera en el campo de la elite económica para contar con su respaldo. Uno de los pecados más graves de la oposición de izquierda es el voluntarismo, creer que la realidad social se modificará por pura inercia, de acuerdo a su lógica de lo que debiera ser un cambio radical. En esto, la derecha ha sido más exitosa, pues en dos ocasiones ha conseguido dividir al FMLN, con lo cual le ha causado dos desgajamientos importantes.

Existen más posibilidades de las que parece para trabajar en esta dirección, desde la oposición de izquierda. Por un lado, existe un capital que no pertenece al bloque hegemónico, cuyo peso específico en la economía nacional es importante y que mira con recelo —si no con cierto resentimiento— las ventajas con las que cuenta el gran capital, concentrado en aquél. Por otro lado, el capital transnacional no solo es ya una realidad en El Salvador, sino que tiene más poder que el capital local y, además, es bastante más pragmático que éste. Es más moderno, en el sentido que comprende mejor que el capital nacional, acostumbrado a no tener competencia, ni a ser desafiado, las ventajas de la democracia liberal. Finalmente, un proyecto de lucha política de la izquierda no puede pasar por alto que la diferencia étnica que padece el bloque hegemónico, puede ser más importante de lo que aparenta.

El bloque hegemónico es incapaz de ver que, a mediano y largo plazo, corre el peligro de poseer menos dinero, porque el modelo que se obstina en mantener es inviable, desde todo punto de vista. En cambio, el capital que no pertenece a él y el capital transnacional son más perceptivos a esta realidad, si no motivados por contribuir al bien general, al menos por conveniencia propia. El bloque hegemónico es miope, en sentido estricto. No ve de lejos. No ve que le va a ir peor, es decir, que va a ganar menos, que va a aumentar su incertidumbre y su inseguridad. No ve la necesidad de moderar su ambición, ni de asumir la hipoteca social que pesa sobre sus riquezas. Como no ve, tampoco siente. Ha perdido la sensibilidad humana fundamental. Los valores cuya ausencia lamenta con tanta nostalgia son parte de esa pérdida. Posee mucha riqueza, pero está deshumanizado.

San Salvador, 15 de agosto de 2002.